



|||||

## *Necesitas más que amor para ver 4052 fotografías de tu luna de miel*

|||||

¿De qué sirve hacer tantas postales de viaje si nunca tendrás el tiempo suficiente para miraras con calma?

.....

*Un texto de Michelle Borda  
Fotografías y estadísticas de la autora*

### Día 8. Tarjeta de memoria 1. Fotografía 351

Cusco. Imagen de nuestras sombras. Sería la última cumbre de la cordillera que subiríamos antes de entrar a la selva.

Mi esposo se concentraba en conducir hacia la cima de la cuesta mientras yo tomaba una de las más de cuatro mil fotografías con que recordáramos nuestra luna de miel. Un viaje de recién casados por carretera puede no ser una aventura extraordinaria, pero hacerlo en un mototaxi, ese vehículo inestable de tres ruedas, que carga una especie de sofá y que es el taxi oficial de las zonas rurales del Perú, es una prueba de resistencia. Debido a su lentitud, ni siquiera se les permite entrar a las autopistas. Había pasado una semana desde nuestra partida, y el atardecer sobre el nevado Ausangate proyectaba nuestras sombras. Habíamos partido de Huancaayo junto a sesentaitrés equipos de todo el mundo con la intención de llegar vivos a Paraguay, y este era el primer día que viajábamos sin convoy. Nos habíamos separado para realizar solos el resto del viaje. El olor a eucalipto se hacía más intenso con el viento helado y nos abrazábamos más fuerte como para darnos ánimos. Durante todo el viaje me dediqué a capturar todo tipo de momentos, como una cura anticipada contra el olvido. Hice fotografías, vídeos y notas que me permitieran recordar lo que prometía ser el mejor de nuestros viajes. Incluso escribimos un blog que alimentábamos desde cabinas públicas en las ciudades y pueblos donde pasábamos la noche. Han transcurrido dos años y un mes desde entonces y esa fotografía permanece olvidada junto a las otras en una carpeta dentro de mi computadora. Nunca la imprimí, ni la compartí, ni dejé que contara su historia. Ni siquiera he tenido el tiempo suficiente para ver yo misma toda esa información. Quizá era más fácil cuando viajábamos con una cámara de rollo, que terminaba convirtiéndose en un álbum en un lugar visible de casa, con algunas decenas de imágenes importantes. Tengo cuatro mil cincuenta y dos imágenes de este viaje. Necesitaría tres días completos, sin concederme el sueño, para poder verlas todas al menos durante un minuto, y que puedan cumplir su cometido: devolverme al momento exacto donde ocurría algo memorable o no.

### Día 0. Libreta 1. Página 10

Huancaayo. Dibujo del mototaxi con las medidas de altura y ancho suficientes para cargar mochilas, vinilos, amuletos y mascotas.

Además de las fotografías, conservo otros registros: trescientos dos videos, cinco mapas, una mascota de felpa que

llevamos en el viaje, el sticker de un tigre, dos recortes de periódicos que cuentan la aventura de los viajeros del mototaxi, un certificado lleno de sellos oficiales, treinta y nueve posts en un blog y dos libretas de viaje. La cantidad de material es excesiva, supera mi capacidad e interés de ver y leer sobre mi propia vida. Hacer clic no cuesta nada si tienes una cámara digital con bastante memoria. Sí cuesta es ser auto-crítico y seleccionar lo que importa de lo que no. Durante el viaje, las personas nos inclinamos a creer cada vez más que todo es memorable. Entonces hacemos una foto más o un video más. Nunca piensas que en el futuro uno podría no tener el tiempo suficiente para lidiar con todo ese registro. Las fotos personales ya no se enmarcan o colocan en álbumes tanto como antes. Ahora se amontonan en desvanes invisibles dentro de la computadora.

Tener tantas fotografías pendientes de ver me genera una terrible ansiedad. ¿Por qué pasar tanto tiempo registrando si al final no tendremos el tiempo para ver todo eso? Mi primer viaje largo por la selva peruana hace ya más de diez años me dejó dos rollos de treintaiséis fotografías. Fueron reveladas y coloqué en un álbum donde ahora puedo revivir ese momento en sólo ocho minutos. Ahora, al repasar el copioso archivo de mi luna de miel (plagado de carreteras, puentes rotos, remolinos de arena, llantas pinchadas, lagunas de sal, pueblos de casas de barro, robos, volcaduras, y un sin fin de cosas más) recuerdo que en el transcurso tuve la intención de hacer un álbum, editar un video y escribir algunas memorias. Nada de eso sucedió. Nunca me senté con nadie para ver las fotografías y muchos de los videos ni siquiera los he abierto. Están ahí esperando ser recordados.

### Día 18. Memory Card 2. Fotografía 457

El mototaxi se esfuerza por subir una larga y empinada cuesta de tierra seca entre Iñapari, en el Perú, y Bolpebra, en Boliva. Para reducir el peso, bajé y subí caminando. Por supuesto, hice más fotografías.

Siempre pensé que mi luna de miel transcurría en una playa calurosa donde bebería una Margarita, tal como lo anuncian los paquetes turísticos para recién casados. En ese mundo perfecto, la fotografía del recuerdo debía capturar un atardecer de fantasía. Yo habría de guardar la imagen en un álbum para recordar el viaje junto a él, otra tarde, años después, sentados en nuestra casa. Eso creía.

Nos conocimos en Barcelona. Nos mudamos a Ibiza. Nos casamos en Inglaterra. Después de la luna de miel, íbamos a quedarnos a vivir en el Perú. Cuando alistábamos las ma-



letas para salir de España, Mark se enteró por internet de un rally extraño que recorrería parte de Sudamérica. La aventura la organizaba The Adventurists, una compañía que inventa viajes imposibles y estúpidos para quienes buscan eso. Su misión consiste en hacer de este mundo un lugar menos aburrido. Partirían desde Huancayo, en los Andes centra-



les del Perú, justo unos días después de nuestro arribo a este país. Mi esposo pensó que el destino estaba poniendo ese viaje en nuestro camino y no lo contradije. Nos inscribimos firmando una declaración en la que nos responsabilizábamos de nuestra propia suerte. Si moríamos, según ese documento, la culpa sería nuestra. La ruta terminaría en Asunción, al otro lado de los Andes, unos seis mil kilómetros y cuatro fronteras después. En turnos de dos personas, esa distancia puede recorrerse en poco menos de una semana en automóvil. En mototaxi, nos tardamos un mes y cuatro días. En las pistas de asfalto, esa máquina alcanzaba una velocidad aceptable de cincuenta y cinco kilómetros por hora. En las cuestas, apenas llegaba a los diez kilómetros por hora, no más rápido que una silla de ruedas a motor. De los sesentaitrés equipos que partimos, sólo llegarían diez sanos y salvos. Esto, por supuesto, lo sabríamos al final. Como cábala, bautizamos nuestra máquina con un nombre temerario: «El terrible». Aunque iba a ser una experiencia de resistencia física, el viaje tenía un sentido secreto para nosotros: si terminábamos esta luna de miel llena de retos absurdos, entonces ahuyentaríamos el fantasma de un divorcio prematuro y superaríamos más retos en el futuro. Esta ilusión secreta no está en las fotografías.

#### Día 5. Tarjeta de Memoria 1. Fotografía 147

Andahuaylas. Hay gente reunida afuera de la laguna de Pacucha. Nos saludan sin mucho entusiasmo. Su euforia real se la llevaron los equipos que pasaron antes que nosotros en sus mototaxis.

El recuerdo más preciado que guardo en la memoria es el de las expresiones de las personas con las que nos cruzamos durante el viaje. Pero, a pesar de la cantidad de fotografías que tomé, en ninguna de ellas pude captar los gestos de sorpresa o el «efecto wow» cuando los lugareños veían pasar a un *gringo* conduciendo un mototaxi en los Andes perua-

nos, o en Argentina, Paraguay y Bolivia, donde esos vehículos parecidos a insectos gigantes son una verdadera rareza. Los equipos que iban delante de nosotros se llevaban esa sorpresa original.

Por esta razón decidimos separarnos del grupo en el Cusco, y nos desviamos a la selva para entrar a Brasil y, desde allí, seguir hacia la meta. De esa mane-

ra esperábamos conocer mejor a la gente del camino y ya no encerrados en una caravana de viajeros. Me interesaba gozar del efecto sorpresa. En adelante vimos a mucha gente que nos sonreía, nos saludaban con entusiasmo desde el filo de las carreteras o nos miraban con esa extrañeza reservada para los más grandes imbéciles.

Al llegar a la frontera, los guardias del lado de Brasil nos negaron el ingreso, pues el mototaxi no estaba registrado a nuestro nombre. Nos sugirieron buscar un camino hacia Bolivia. Fue preciso contratar a un guía, quien nos llevó por una ruta oculta y preferida por los contrabandistas. Le llamaban el *Lagarto*, y lo acompañaban dos amigas conversadoras. Una de ellas me preguntó dónde había conseguido a un *gringo* que conducía un mototaxi. Luego se ofreció a cambiármelo por su marido. El trueque exigía un poco de paciencia, pues el esposo de la mujer estaba preso por robar un celular.

#### Día 18. Tarjeta de memoria 2. Fotografía 525

Iñapari. Mark revisa el puente roto en la ruta a Bolivia antes de pasar la frontera. *El largarto* nos había dicho que a pesar del mal estado de la vía, podríamos pasar.

No imaginamos que el viaje tomaría tanto tiempo. En principio debía durar sólo dos semanas, pero la temporada de lluvia se adelantó tomándonos por sorpresa. Los recorridos en bajada se hacía muy fáciles, pero las cuestas eran imposibles. Teníamos que cargar el mototaxi en camiones para poder subirlas. Pasamos cuatro días tratando de encontrar uno vacío que nos llevara hasta La Paz. Entonces conocimos a Gerónimo, un conductor boliviano que pasaba veinticinco días al mes conduciendo su camión «Jorgito II».

#### Día 26. Tarjeta de Memoria 3. Fotografía 1110

Salar de Uyuni, Bolivia. Allí hicimos una larga sesión de fotos. Besos, saltos, retratos del mototaxi, paisaje.



El camino para llegar a Uyuni tenía las peores pistas y los mejores paisajes. Fueron días de sufrimiento para el mototaxi pero de regocijo visual para nosotros. Nos atacó una tormenta de arena que tiñó de beis el color blanco del salar. Estuvimos allí pero, al ver las imágenes, no lo parece. El lugar parece un desierto. Hicimos ciento ochentaiséis fotografías y cinco videos. Cuando alguien los vea y se pregunte por qué no luce como en las fotos de las revistas, tendré que contarles de la tormenta.

#### Día 30. Tarjeta de Memoria 3. Fotografía 2326

El Chaco, Paraguay. Una vaca disecada con la boca abierta nos «saluda» desde un lado de la carretera.

El Chaco es un lugar donde abundan las leyendas de caníbales y las condiciones de vida son extremas. Hay alacranes y serpientes venenosas por todos lados. Las temperaturas oscilan entre el calor más intenso y el frío más sobrecogedor, por las noches. Lo compensamos durmiendo un poco más cerca el uno del otro. Fue la parte más romántica del viaje.

#### Día 34: Tarjeta de Memoria 3. Fotografía 3549

Falcón, Paraguay. Gran sonrisa al lado del cartel que dice: «Asunción a 35 km»

Llegamos a la capital de Paraguay un día nublado y nadie nos esperaba. Los nueve equipos que llegaron antes ya se habían marchado de retorno a sus países. Nuestra victoria fue anónima y muy personal. En un hotel limpio, después de tanto polvo y barro, celebramos bebiendo por fin una Margarita y durmiendo en una cama con sábanas limpias.

#### Día 3: Tarjeta de Memoria 1: Fotografía 128

Ayacucho, Perú. Otro equipo nos tomó la única foto de los dos con el mototaxi en acción atravesando un valle en la sierra.

No sé si algún día pondré esta fotografía en un cuadro. Lo que ahora sé es que me tomará mucho más tiempo poder ver con detenimiento cada una de las imágenes restantes. Llevo dos días seguidos mirando las fotos y videos, quedan pendientes casi medio millar. Mea culpa. La próxima vez pensaré dos veces antes de hacer esa foto adicional, de esa manera el recuerdo no quedará en el olvido.♦